

Marcos Pérez Barreiro

La tienda. En una lluviosa tarde del invierno de mil novecientos setenta y nueve, me detuve delante de un escaparate de una tienda de antigüedades. La bruma en mis ojos, únicamente me permitía discernir formas sin contenido. Parte de los dedos de una de mis manos, ahuyentados por el deseo de lo desconocido, dibujaron en el cristal un extraño trazo. Nada de lo que se ubicaba en el interior de dicho establecimiento, guardaba alguna posible relación con él. Pero, incluso así, la extrañeza del gesto encaminó mi andar hacia la puerta, en la cual, pude adivinar unos valiosos retazos por descubrir. Una vez dentro, de soslayo, busqué la infiel diferencia que me había impulsado a penetrar en lo desconocido. No la encontré.

Emprendiendo el camino sobre mis ya antiguos pasos, éstos fueron detenidos por una mirada inquisidora. Deseando esquivarla, simulé buscar en el exterior una lluvia que había cesado en su continuo caer. Fallido en el intento, decidí fingir cierto interés por algunos objetos que desprendían una ignorancia absoluta hacia mí. La inquietud de ese momento, me obligó a cobijarme en el tiempo. Tramposo como siempre, éste hizo caso omiso de mis suplicas. Su lentitud era palpable. Tanto, que me llegué a preguntar si se había detenido. Equivocado en mis pensamientos, éstos me insinuaron un atisbo de desdén hacia la marca que había dejado con anterioridad, impresa en el vidrio que ejercía de muro disyuntivo entre dos mundos. Su feliz descubrimiento, fue la raíz inmediata para conocer la verdadera realidad de un hecho. De joven, siempre se me dio muy mal eso de la evidencia. No había dibujado nada. Sencillamente, había acariciado lo que llevaba semanas queriendo poseer. Una gota de agua fría como el cristal.